

ejercicios en honor de la Virgen Santísima. Todos los días tenía la piadosa costumbre, despues de la oracion de la mañana, de dirigirla en espíritu sus respetuosos homenages en los mas célebres santuarios dedicados á la misma. A ejemplo de este santo rey, y de tantos otros devotos de María, procuremos nosotros honrarla del mismo modo, uniéndonos en espíritu y con el corazon á los fieles que visitan los templos, que la son especialmente consagrados en todos los lugares del mundo.

ORACION XXIII, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(Del cardenal de Berulo.)

¡Oh madre de gracia y de misericordia! Yo os elijo por madre de mi alma, en honra y memoria de haberos escogido Dios para que fuéteis madre suya, Reina de los ángeles y de los hombres: yo os reconozco por mi soberana, en consideracion á la dependencia que Jesús mi Salvador y mi Dios ha querido tener de vos como Madre suya; y bajo este respecto os doy sobre mi alma y sobre mi vida todo el poder que está en mi arbitrio daros. ¡Oh Virgen santa! Miradme como cosa que os pertenece, y por vuestra bondad tratadme como esclavo de vuestro poder, y como objeto de vuestra misericordia. Amen.

EJERCICIO XXIV.

PARA EL DOMINGO QUINTO DES-
PUES DE PASCUA.



INSTRUCCION VIGESIMACUARTA SOBRE LA ALIANZA DE
LA VIRGEN SANTISIMA CON JESUCRISTO, COMO HIJO
UNICO DE DIOS.

Benedicam ei, et ex illa dabo filium, cui benedicturus sum.
La bendeciré, y ella tendrá un hijo, al cual también he de bendecir.
(Gen. cap. 17, v. 16.)

CONSIDEREMOS á María, rica de bendiciones de que el eterno Padre la ha colmado, como contrae alianza con el Divino Verbo, y entra con él en la comunicacion de las gracias mas abundantes y preciosas.

El eterno Verbo, escogiendo á María por Madre suya, se obligó por esta eleccion á tener con ella los sentimientos de un buen hijo, á honrarla, á amarla, á hacerla todo el bien que debe hacer un hijo, y un hijo tal como él. Bajo este supuesto, los honores y las muestras de amor que un hijo debe dar á su madre, han de ser proporcionadas á su dignidad, á sus ri-

quezas, á su poder. Un rey que dejase á su madre abandonada en la clase de las mugeres ordinarias, faltaria sin duda al amor y al honor que le debe: la voz de la naturaleza, una ley grabada en el corazon del hombre, está dictando que una madre debe entrar á la parte de todos los bienes del hijo, y que un buen hijo nada debe poseer, que su piedad filial no lo haga en cierto modo comun con su madre. Sobre este principio el Hijo de Dios ha debido procurar á su madre todos los bienes dignos de él, proporcionados y convenientes á su grandeza infinita.

Nada puede darnos una idea mas grande y mas justa de esta comunicacion admirable, que las bellas palabras de S. Bernardo, ó sea el elogio sublime que el santo hace de María, diciendo: "que su Divino Hijo la habia modelado con todos los rasgos de su semejanza." *Christus Maria simillimus fuit, quia totus de substantia Matris genitus.*

Reflexionemos asimismo la inseparable y estrecha union que Dios ha querido que ecsistiese entre Jesus y María en todos tiempos, en todos los lugares, y en todos los estados en que se puede considerar al hijo y á la madre. Leyendo los sagrados testos, se vé que la Iglesia a-

plica á María lo que el Espíritu Santo habia dicho del Verbo y de la sabiduría eterna. Según esta aplicacion es de fé que antes de la creacion del mundo María estaba unida con su hijo en los eternos decretos de la Providencia: que fué juntamente con su hijo el primer objeto que Dios se propuso en sus obras; *prodivi primogenita ante omnem creaturam*: que entraba en todas las miras de Dios cuando ponía los fundamentos de este vasto universo, y establecia el hermoso órden que se vé reinar en él; *quando præparabat caelos, ad eum: cum eorum cuncta componens.*

Es ciertamente una cosa admirable que la Iglesia haya aplicado á María todas estas expresiones de la Sabiduría, que son propias de Jesucristo. Esta aplicacion se puede mirar como hecha por inspiracion del mismo Espíritu Santo: porque en verdad, sirviéndose la Iglesia para hacer el retrato de María de los mismos colores y de los mismos rasgos, de que el Espíritu Santo se sirvió para trazar el retrato del hijo, quiere enseñarnos la admirable union y semejanza que Dios ha querido que hubiese entre Jesus y María.

Si descendemos luego desde la eternidad al tiempo, observaremos esta misma union desde

el principio del mundo, en las promesas hechas a los patriarcas, en los oráculos de los profetas, en las figuras y en los símbolos de la antigua ley. Casi en todas partes María es prometida, anunciada y figurada juntamente con su hijo. La primera figura de Jesucristo fué Adán; la de María fué Eva. Todos los hombres ilustres de la ley antigua fueron figuras de Jesucristo; todas las mugeres ilustres lo fueron de María. Mil símbolos misteriosos [han representado á Jesucristo; mil otros símbolos han representado á María.

Pero consideremos esta union entre Jesucristo y María, fuera de las sombras y figuras, en la realidad, en la nueva ley, despues de la venida del Redentor: allí es donde se la vé brillar de un modo asombroso en los misterios de la vida, de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo. Vemos á María enlazada con su hijo con la mas íntima union en la encarnacion: el Verbo eterno encerrado dentro de las entrañas de la Virgen forma con ella en cierto modo una sola cosa: pasa en los brazos de su madre durante su infancia, descansando en su regazo virginal, alimentándose con su leche; y la sustancia de la madre se hace sustancia del hijo. Durante su vida privada pasa treinta

EJERCICIO XXIV.

253

años sin interrupcion en compañía de su madre, en la misma casa, en la misma mesa, en los mismos ejercicios, en los mismos sentimientos, en la misma fortuna, en los mismos bienes exteriores. En su vida apostólica, y en el tiempo de su pasion, María tiene siempre parte en los trabajos, en las penas, en los gozos y en la gloria de su hijo.

Tratemos ahora de la comunicacion de bienes que son propios de Jesucristo, y de los cuales ha hecho participante á su divina Madre, queriendo hacerla semejante á él en todo lo que posee, semejante en sus perfecciones, en sus virtudes, en sus prerogativas, en sus privilegios, en su poder, en su gloria. Reflexionemos, pues, con atencion esta admirable semejanza de María con su hijo.

Semejanza en las perfecciones. Por una parte vemos á Jesucristo que posee en grado infinito la bondad, la sabiduría, el poder, la misericordia; por otra vemos á María condecorada por su hijo de todas estas calidades, y en grado muy superior al de los ángeles y los hombres. Jesus es la bondad por esencia, es decir, que en él está el conjunto de todas las perfecciones divinas é increadas; él mismo ha querido que María participase de esta bondad, reu-

niendo en sí las perfecciones criadas en un grado de escelencia, que la eleva de tal modo sobre las criaturas, que las sobrepuja á todas por su dignidad de Madre de Dios; que es decir, que en su presencia desaparece toda otra dignidad criada. Jesus es la sabiduría por esencia; y él ha llenado á María de esta sabiduría en tan gran medida, que la Iglesia ha podido llamarla con razon el asiento y el trono de la sabiduría. Jesus es el *Padre de la misericordia*; y María ha merecido ser llamada *Madre de misericordia*. El poder de Jesus es infinito; y ha querido darlo á su madre en cierto modo sobre todas las cosas, pues así lo declaran algunos Padres, haciendo á esta divina madre señora y repartidora de todas las gracias y tesoros de su hijo.

Semejanza en las virtudes mas puras. De una parte se nos presenta Jesucristo el mas humilde, el mas dulce, el mas paciente, el mas caritativo, el mas santo de todos los hombres; de otra se nos presenta María hecha por su hijo la mas humilde, la mas tierna, la mas compasiva y la mas santa de todas las mugeres y de todas las criaturas.

Semejanza en las calidades y títulos de honor. Los que la Iglesia atribuye á María cor-

responden enteramente á los que son propios de Jesucristo. Jesus es nuestro rey; María nuestra reina. Jesus es nuestro señor; María nuestra señora. Jesus es nuestro padre; María nuestra madre. Jesus es nuestro abogado; María nuestra medianera. Jesus es nuestra esperanza, nuestro socorro, nuestra vida; María es la esperanza, el socorro y la vida de los cristianos. Jesus es el camino para ir al cielo; María es la puerta del cielo y la escala mística para subir á él. Jesus es nuestra guia y nuestra luz; María es la estrella que nos ilumina, nos dirige y nos conduce al puerto de salud. Jesus es el autor de la gracia; María madre de la gracia. Jesus es comparado al sol por la infinidad de brillantes rayos que despide y derrama sobre todos los hombres; María es comparada á la luna por la beneficencia de sus luces, y por la influencia que con ellas ejerce sobre toda la Iglesia.

Semejanza en los privilegios. Jesus es impecable por naturaleza; María libre de todo pecado por la gracia. Jesus es esento por el derecho de su persona divina de todo pecado original y actual; María goza la misma esencion por especial privilegio concedido solamente á ella. Jesus es vírgen; María lo es tam-

bien. Jesus es incorruptible en el sepulcro; María es igualmente preservada de la corrupcion. Jesus resucita al tercer dia; María resucita cumplido el mismo término. Jesus sube al cielo en cuerpo y alma; María sube despues de él en igual estado. Jesus está sentado á la derecha de su padre; María lo está cerca de su hijo.

Semejanza en el poder, en las riquezas y en la gloria. Jesus es dueño de todos los bienes, autor de todas las gracias, rey de todas las luces, señor del cielo y de la tierra; María es la señora del mundo, la reina de los ángeles y de los hombres, la distribuidora de las gracias. Al Hijo le ha sido dado todo poder por el Padre; á la madre ha sido dado todo poder, aunque con dependencia, por el Hijo. El cielo, la tierra y el infierno doblan la rodilla delante de Jesus; los ángeles y los hombres la doblan en presencia de Maria.

Semejanza, finalmente, en los honores que la Iglesia tributa á Jesucristo, y de que el divino hijo ha querido hacer participante á su madre. Ha querido que por él fuese anunciada por todo el universo: que fuese reverenciada en todos los pueblos en los cuales él es adorado: que se levantasen templos en honra suya: que hubiese

siempre monumentos particulares consagrados á su memoria: que fuese con él el objeto mas tierno del amor de sus siervos: que el nombre de María fuese inseparable del suyo en la boca y en el corazon de los fieles: que las alabanzas de la madre fuesen unidas con las suyas en el oficio divino: que todos los misterios que hacen relacion á su madre, desde la concepcion immaculada hasta la asuncion al cielo, fuesen celebrados como los suyos propios: que así como la Iglesia estableció fiestas en honor del hijo, las estableciese en honor de la madre: que la pasion de María se celebrase como la de Jesus, el nombre de María como el de Jesus, las grandezas de María como las de Jesus. Ha querido ser presentado á los ojos de los fieles en los brazos de su madre. Ha querido que se la pintase como á él, sostenida por los serafines. En una palabra, nada ha olvidado este hijo adorable para hacer sensible y patente la admirable semejanza, la union inseparable, la grande participacion de bienes entre él y su madre.

Todos los rasgos que acabo de pintar demuestran la perfeccion con que Jesus ha llenado la obligacion natural de un hijo en orden á su madre. Por esta razon se debe formar jui-

258

ANUARIO DE MARIA.

cio de la grandeza de la Virgen Santísima por la grandeza de su hijo: por este hijo modelo de perfecciones infinitas, se ha de regular todo lo que se debe decir y pensar de la madre: ella tiene por gracia y participacion lo que tiene el hijo por naturaleza y por su propia esencia, en cuanto puede comunicarse á una criatura.

La homilía tercera sobre la asuncion, que se atribuye á San Agustín, encierra el fundamento de todos los privilegios de la Virgen Santísima. Dice el autor, hablando de la incorruptibilidad del sagrado cuerpo de María en el sepulcro: "Si este privilegio no conviene á María, conviene al hijo que dió á luz." *Si Maria non congruit, congruit Filio, quem genuit.* Y sería mucho de desear que los que temen tanto el exceso en las alabanzas de María, meditasen con atencion estas palabras *congruit Filio, quem genuit.* Estas encierran los principios de todas las grandezas de María, y son la mejor solucion de todas las dudas y de todas las dificultades; porque son una respuesta general para apoyar todo lo que se halla de extraordinario en la Virgen Santísima.

EJEMPLO XXVI.

(Hasta los infieles experimentan los efectos de la caridad de María, invocando su santísimo nombre.)

En todos los países sobre los cuales María ha ejercido la influencia del poder que ha recibido de su divino hijo, esta influencia ha sido eficaz. Se refiere que hallándose un habitante de las Indias en el lecho de la muerte, abandonado de todo el mundo, acudió á María, cuyo poder habia oido celebrar por los cristianos. La Virgen Santísima se le apareció, y le dijo: "Aquí me tienes; yo soy la que tú invocas: levántate y hazte cristiano." El indio se sintió curado en el mismo momento, fué á encontrar á un misionero para que le instruyese, y despues fué bautizado. Recurramos igualmente á María, y estemos seguros de experimentar la eficacia de su poder en cualquiera situacion en que podamos encontrarnos. (*Historia edificante.*)

PRACTICA XXIV, EN HONOR DE MARIA.

(Del venerable Francisco Patrizzi.)

Pedid á María todos los dias la gracia de la perseverancia final. El venerable Francisco Patrizzi lo hacia todos los dias de rodillas por mañana y tarde, y por este medio obtuvo los mas señalados favores, y murió en olor de santidad.

ORACION XXIV, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(Del venerable abad de Celles.)

¡Oh Virgen amable! Vos habeis hallado gracia con Dios, porque habeis concebido al hijo de Dios. Asimismo vos habeis recibido todas las gracias, ¡oh humilde María! para asistirnos en todas nuestras necesidades. Vos socorreis á los malos disponiéndolos á recibir las divinas misericordias; protegéis á los moribundos contra los lazos del demonio, y los amparais hasta despues de la muerte, recibiendo sus almas y conduciéndolas á la morada de los bienaventurados, á donde os rogamos os digneis conducirnos á todos. Amen.

EJERCICIO XXV.

PARA EL DIA DE LA ASCENSION.



INSTRUCCION VIGESIMAQUINTA SOBRE LA ALIANZA DE LA VIRGEN SANTISIMA CON EL ESPIRITU SANTO, COMO SU DIVINO ESPOSO.

Spiritus Sanctus superueniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.

El Espíritu Santo sobrevendrá en vos, y la virtud del Altísimo os protegerá con su sombra. (*Luc. cap. 1, v. 35.*)

Es una honra bien gloriosa para María, y es cosa que hace rebosar de gozo los corazones de los que aman verdaderamente, que las tres personas de la Santísima Trinidad se han complacido en enriquecerla con todos los dones de la gracia, en la alianza que la Virgen ha contraído con cada una de ellas en particular. En las dos instrucciones precedentes hemos visto como la han colmado de favores el Padre y el Hijo: véamos ahora lo que el Espíritu Santo obra en ella escogiéndola por su divina esposa.

El Espíritu Santo elevando á María á una

altura inefable, ha debido hacerla digna de esta noble alianza, comunicándole una santidad eminente: ha debido asimismo hacerla entrar en los derechos de una esposa sobre los bienes de su esposo, y partírselos con ella, en cuanto la naturaleza humana es capaz de recibirlos. Yo me figuro un gran rey que escoge por esposa á la hija de uno de sus vasallos: en llegando esta á ser reina se sienta en el trono de su esposo, participa de todos sus honores, de todos sus títulos, de todos sus derechos, de todos sus bienes, en una palabra, de todo lo que el rey posee; y esta es una figura de lo que sucede á María con respecto á su divino esposo. Por esto dice San Bernardo, que “en el momento en que el Espíritu Santo descendió sobre María, “recibió la Virgen todas las gracias que pueden comunicarse á una criatura en este mundo.” *In ista Spiritus Sancti obumbratione tantam largitatem, et copiam Spiritus Sancti accepit, quantam potest creatura viatrix recipere, non divinitati unita unitate persona.*

De aquí proviene el comun sentimiento de la Iglesia, que María es la dispensadora de las gracias, y que el Espíritu Santo se complace en derramarlas por mano de la Virgen, que en calidad de esposa amada participa del título

de *Consolador*, que es propio del Espíritu Santo; y por esto la Iglesia la llama *Consoladora de los afligidos*, así como la da el nombre de *Madre de gracia* y de *Madre de misericordia*.

¿Qué no podríamos todavía decir hablando de una materia en cierto modo inagotable? Pero despues de haber presentado en esta instruccion y en las dos precedentes tantas reflexiones sacadas de la divina maternidad sobre la escelencia y las grandezas de María: despues de haber desarrollado todo lo grande y augusto que encierra su alianza con las tres adorables personas de la Santísima Trinidad, es ya supérfluo añadir otras.

Bastante hemos dicho para llenar el objeto que nos habiamos propuesto: este era manifestar cuáles deben ser los sentimientos de respeto, de veneracion y de amor á esta incomparable Virgen. Es de tanto valor su alianza con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que nada debe pensarse de ella que no sea grande, admirable, inefable, infinito en gracias, en virtudes, en perfecciones, en poder, en bondad, en gloria y en toda suerte de privilegios: ni puede hablarse de ella sino de un modo el mas noble y elevado, siempre con una persuasion íntima de que nada puede decirse que sea com-

parable con lo que María es en realidad, y de que aun cuando los ángeles se uniesen á los hombres para alabarla, jamas la alabarian del modo que conviene á la sublime dignidad á que se halla elevada. Penetrémonos con este motivo de las bellas palabras del célebre abad Francon, escritas en su *Biblioteca de los Padres*: "La alabanza de María es un manantial "inagotable, que va siempre llenándose á medida que se dilata." *Laus Mariæ est fons indeficiens, qui quanto amplius tenditur, tanto amplius impletur; quanto amplius impletur, tanto amplius dilatatur.*

Este es el lenguaje que debemos tener siempre en nuestros lábios; y jamas debemos olvidar la leccion que nos dá el gran Canciller de Paris Gerson, cuando dice, que "lo que mas hemos de temer con respecto á María, es caer "en el error hablando mal de ella: porque cuando se trata de alabarla, nunca las alabanzas "de los hombres podrán igualar sus méritos."

Se nos dirá tal vez que basta atenernos á lo único que nos enseña la fé, y no atribuir nada á la Virgen Santísima que no tenga un fundamento sólido en la Escritura. Pero ¿qué fundamento mas sólido se puede desear que la divina maternidad? El Evangelio casi nada ha

EJERCICIO XXV.

265

dicho de María sino que es *Madre de Dios*. Es verdad, dicen los santos Padres; mas el Evangelio diciendo esto lo ha dicho todo.

Concluyamos de esta lectura, así como de todo cuanto hemos espuesto en los dos ejercicios precedentes por lo que toca al respeto debido á la Virgen Santísima, que si el respeto se mide por su dignidad, por su elevacion y por su poder, no puede tener limites, siendo como son estas calidades inefables en María. Es bien sabida la doctrina de la Iglesia sobre este punto. La Iglesia tributa á María un culto que se llama *hiperdulia*, es decir, un culto superior al de todos los santos y al de todos los ángeles. La Virgen Santísima forma por sí sola una clase aparte; y así los honores que se le tributan deben ser proporcionados á su elevacion infinita.

¡Qué efectos, pues, debe producir en nuestros corazones la fé de esta verdad! ¡De qué veneracion á la Virgen debemos estar penetrados, siendo como somos débiles criaturas! ¡Con qué respeto debemos presentarnos á María, ante la cual se acerca temblando todo lo que hay de mas grande entre las criaturas del cielo y de la tierra! Los mas elevados serafines se postran, si así es lícito decirlo, á los piés de

María: y nosotros, hombres, y hombres pecadores, ¿no nos quedamos asombrados al brillo de tan alta magestad?

No nos acerquemos jamas á María para tributarle nuestros homenajes, cantar sus alabanzas ó dirigirla nuestras súplicas, sin penetrarnos del mayor respeto hasta lo mas íntimo de nuestro corazón, considerándonos en su presencia como que no somos mas que polvo, creyéndonos indignos de ser contados en el número de sus servidores, y teniéndonos por felices de que la Virgen nos tolere á sus piés, y se digne oír y admitir nuestros ruegos. Estos sentimientos deben estenderse sobre todo lo que hace relacion á María, como son las imágenes y todos los objetos que le están consagrados; así miraremos como la cosa mas preciosa todo lo que la concierne: sus Congregaciones y todo lo que nos recuerde su memoria será el objeto de nuestros desvelos; y por este medio grabaremos en nuestros corazones la verdadera devocion á María. Dios no la inspira, dice San Juan Damasceno, sino á aquellos á quienes quiere salvar.

EJEMPLO XXV.

(Un caballero curado milagrosamente en recompensa de su devocion á María.)

El hijo de un príncipe, llamado Eschille, enviado

por su padre á Hildesheim, en Sajonia, para seguir la carrera de los estudios, se entregó á una vida enteramente desarreglada: al cabo de algun tiempo cayó gravemente enfermo, y vió que se acercaba su última hora. Tuvo una vision espantosa: lleno de temor invocó á María, y le prometió consagrarse á su servicio. Por la intercesion de María alcanzó la salud y la conversion. Eschille publicó la gracia que habia recibido, vivió santamente, conservó durante su vida el mas tierno amor á María, y fué arzobispo en Dinamarca, en donde logró muchas conversiones. Renunció despues el arzobispado, y se hizo religioso de Claraal, en donde, despues de cuatro años de una vida penitente y retirada, murió dejando fama de gran santidad. (*Historia edificante.*)

PRACTICA XXV, EN HONOR DE MARIA.

(Revelada por la misma Virgen á una de sus fieles siervas, y referida por San Ligorio.)

Dad gracias al Eterno Padre por el poder que ha concedido á María, hija suya: dadlas al Hijo de Dios por la sabiduría que ha infundido á María su madre: dadlas al Espíritu Santo por el amor que ha comunicado á María su esposa. Con esta intencion se debe rezar tres veces el *Padre nuestro*, el *Ave María* y el *Gloria Patri*, en honor de las tres personas de la Santísima Trinidad. La misma Virgen fué la que reveló esta práctica á una de sus mas fieles siervas, añadiéndole que seria mucho de su agrada el ser honrada de este modo.

ORACION XXV, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De San Anselmo.)

Acudid á nuestro socorro, ¡oh Reina clementísima! y no atendais á la multitud de nuestros pecados. Atended á que nuestro Criador quiso revestirse de la carne humana en vuestro seno, no para condenar á los pecadores, sino para salvarlos. Si vos no hubiéseis obtenido la dignidad de *Madre de Dios* sino por vuestro solo provecho, se podria decir que os importa muy poco el que nos salvemos ó nos condenemos; pero Dios se ha hecho hombre por vuestra salud y por la de todo el linage humano. ¿De qué nos serviria vuestro poder y vuestra gloria, si no pudiésemos hacernos participantes de vuestra felicidad? Ayudadnos: protegednos: á vos nos encomendamos: haced que sirvamos y amemos eternamente á Jesucristo. Amen.

EJERCICIO XXVI.

PARA EL DOMINGO INFRAOCTAVA
DE LA ASCENSION.

INSTRUCCION VIGESIMASESTA SOBRE EL PODER DE LA VIRGEN SANTISIMA, COMO HIJA DEL PADRE, MADRE DEL HIJO, Y ESPOSA DEL ESPIRITU SANTO.

Dixit ei Rex: quæ est petitio tua, ut detur tibi? Etiam si dimidiam partem regni mei petieris, impetrabis.

Dijole el Rey: ¿qué es lo que pides? No dudes que aun cuando pidieras la mitad de todo lo que poseo, lo alcanzarás. (*Ester. cap. 7, v. 2.*)

La Virgen Santísima tiene un poder extraordinario en el cielo para socorrernos en todas nuestras necesidades. Esta es una de las verdades que la fé, la razon y la educacion que hemos recibido en el cristianismo desde nuestra infancia, nos dan á conocer con tanta evidencia, que los discursos mas enérgicos nada pueden añadir á la impresion que estas causas hacen por sí mismas. Es grande el poder que la Virgen tiene en el cielo: *es la hija muy amada del eterno Padre: es la madre del Hijo de*